

## EL PENSAMIENTO LINGÜÍSTICO DE DON RAMON MENENDEZ PIDAL

*Por Luis Jaime Cisneros*

(Discurso pronunciado el 23 de abril de 1969, en la sesión pública de la Academia Peruana de la Lengua, con ocasión del Día del Idioma).

Se diría que en esta hora de las grandes audacias de la cirugía y el espacio, cuando una aguda sensación de hambre visita a media humanidad, cuando viejas y sagradas estructuras remueven sus cimientos y cuando los pueblos todos parecen asiento de impensadas batallas ideológicas, celebrar el destino de la lengua española podría quizá proclamar un indelicado error. Y sin embargo, hoy renovamos acá la fe en nuestra ardiente condición humana. Porque esta ceremonia no proclama la vigencia física de la Academia de la Lengua, que sería cosa puramente deleznable, sino que es una prueba feliz de la vigencia espiritual de su misión preclara.

¿Y cuál puede ser la misión de la Academia ahora que las más veneradas instituciones renuevan pensamiento y estructura? ¿A qué tareas puede verse convocada la Academia de la Lengua, en esta hora del mundo, y en un país como el Perú? País dividido por la lengua y merodeado por el

recelo. País donde el hambre tiene también comarcas apetecibles. Donde la enfermedad es demagógica. Donde el analfabetismo es una callada congoja. País hermoso por la segura impiedad con que lo persigue una geografía alucinada. Bendito país construído con la sangre de nuestros grandes para que fuese el tamaño de nuestra esperanza y nuestro riesgo. Tierno país de punas y quebradas, que fueron certero escollo para nuestra terca ilusión de unidad americana. Tierra amasada en el bronce hermoso de nuestros indios. País donde esta lengua española, que fue nudo umbilical con Occidente (nuestro cono de luz), resultó al mismo tiempo dique oprobioso que trazó en media población distancia vertical y profunda (nuestro cono de sombra). ¿Qué deber alcanza hoy a la Academia en un país que agrega a sus proclamados yerros económicos y sociales, el indisimulado sabor de su subdesarrollo cultural? ¿No será acaso memorable deber nuestro comprender llanamente que nuestra cruda realidad es semejante a la de un auténtico país bilingüe? ¿No será lúcido admitir que siendo como en verdad somos país de dos lenguas, es impropio e inmoral perdernos en digresiones mientras el lobo espera afuera, y es en cambio urgente resolvernos a ver que una de ellas debe servir para introducir a nuestros hermanos del Ande en los beneficios de la cultura occidental? En ese voluntario movimiento debe acompañarnos una claridad interior, capaz de deslucir malentendidos y de exponernos esta cierta verdad: en esta noble tarea, la lengua indígena ha de ser antesala eficaz desde la que nuestra población india 'c o m p r e n d a' los secretos de una cultura que funda su verdad en que somos todos hermanos en el goce de esta patria fecunda. ¿Acaso en este mismo rumor musical que acompaña esta verdad no están agolpados el afecto y la expectativa de muchas generaciones de ayer, que dicen por mi voz el viejo anhelo de unidad de nuestros mayores?

Y junto a esta tarea, hay sin duda otra urgida labor de las Academias de América. La consagra esta irrupción indiscriminada de la lengua extranjera que, tras conjeturales halagos, penetra en los colegios, deforma nuestras tradiciones reduciéndolas a curiosidades de turista y busca imponernos una silenciosa estética infecunda, no bebida ciertamente en el viejo latín romano. Nos promete la seguridad y el éxito, pero en verdad nos niega el goce de ese mundo que ilustremente personificaron Chaucer y Milton, Chesterton y Joyce, Shakespeare y Keats, Elliot o Huxley. El desplante ingenuo con que nuestros muchachos se esmeran en estos alardes nada tiene que ver con la honesta necesidad de estudiar lenguas modernas que debe animar a nuestros muchachos. Pero ese aprendizaje, útil e instructivo, que nos hace accesible el vasto mundo de la cultura moderna, supone adquirida y enriquecida por la gozosa observación frecuente y por el diario ejercicio hermoso de su música verbal esta lengua que fue, para Fernando de Herrera, alta, sonora y significativa y sirvió, en la pluma de Cervantes, para exaltar las esencias de un pueblo vigoroso.

El goce de esta lengua debe proporcionarlo desde la hora inicial la escuela. Y debe bregar la Academia Peruana, desde su alta esfera rectora, para que una honda meditación promueva las necesarias reformas de los métodos, a fin de que una enseñanza cordial y viva del lenguaje, capaz de revelarlo vinculado con nuestra realidad geográfica y con nuestra fisonomía espiritual, despierte en los alumnos el sabor de la fruta autóctona y desarrolle en ellos la posesión decorosa de la misma lengua con que el Inca Garcilaso inauguró en Europa, hace tres largos siglos, nuestra literatura. Ver en la literatura esta presencia consciente de la lengua, unida a quienes fueron usándola para el recreo del cuerpo y el espíritu, en los viejos cantares y en las sesudas novelas contemporáneas, enseñará a nuestros estudiantes a

reconocer cuánto hay de recreación personal y cuánto de acopio anónimo y popular en este laboratorio magnífico de las comunidades que es el lenguaje.

\* \* \*

Una preocupación por esta vinculación del hombre con el instrumento que lo retrata y perpetúa caracterizó las más constantes meditaciones científicas de don Ramón Menéndez Pidal, legendario y remozado nombre de la filología europea, clara luz de la española, remodelador de los estudios históricos, maestro incansable de vastas generaciones de sabios e investigadores, denodado estudioso del romancero, medievalista insigne, rector de los estudios epicistas, y divulgador de las tesis que han presidido la formación de la mayoría de quienes cultivamos estas disciplinas en América española. A cien años de nacido, y a pocos meses de haberlo perdido en voz y en gesto cotidiano, lo evocamos acá, inserto en la tradición misma de la filología románica, rodeado de antiguos manuscritos medievales, y pedimos las voces más tiernas de esa antigüedad que él escrutó con ejemplar celo para exaltar su pasión por la historia de la lengua y la cultura española.

Esa pasión arranca desde el trabajo con que en 1893 sentó las bases de lo que debía ser una edición crítica. Ese estudio sobre el *Mío Cid* inauguró, con su método y su fondo, en España los más rigurosos procedimientos de la ciencia lingüística.

“Para España significaba la presentación ante la ciencia europea de un joven investigador, armado de buenas armas, de una clarividencia privilegiada, y de una ambiciosa e irrendible laboriosidad. Para nuestros aficionados al vistazo lúcido, a los atisbos discontinuos y al juicio aventurado, aquello era la sorpresa de un raro trabajo hispano, reposado y pormenorizado” (*BAE*, XXXIX, 16).

Con este libro quedaba inaugurada la vertiente de sus estudios lingüísticos. Con el de 1896, el primero en editar, sobre la *Leyenda de los Infantes de Lara*, abre Menéndez Pidal una segunda vertiente, aparentemente desvinculada de la anterior, en la que inaugura esta tesis resonante: las gestas se enlazan con el romancero a través de sucesivas refundiciones. Resonante no sólo por cuanto significaba en su hora en el mundo de los medievalistas, sino porque en torno de ella ha de girar en adelante la actividad creadora del maestro, que llevándola a sus extremos más osados, le servirá para explicar las leyes fonéticas, el sustrato y como base para entender la historia de una lengua. Lo importante es comprender que esto no era solamente una tesis más, sino que implicaba alejarse de la interpretación romántica hasta entonces vigente, y sobre todo significaba enfrentarse a la idea del gran Joseph Bédier. Y lo importante y admirable es comprobar que diez años atrás, al cumplir don Ramón los noventa de su edad, nos regaló con un libro sobre *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo* en el que, otra vez frente a las tendencias dominantes que tratan de explicar el origen de las literaturas románicas en la literatura latina de los clérigos medievales, sostiene la prioridad de los poetas en lengua vulgar de la juglaría anónima.

Yo quiero en esta noche destacar en qué medida las ideas científicas de estos dos libros primeros informan la obra entera de su obra, y son el testimonio feliz de que ya entonces estaba en plasmación el pensamiento lingüístico de don Ramón. Pienso que pueden servirme para este recuerdo dos obras fundamentales: los *Orígenes del español*, y sus estudios de geografía folklórica. Creo que en ellos se ensamblan, multiplican, recrean y perfeccionan, esas dos vertientes con que se abre su obra en los años crepusculares del XIX.

Los *Orígenes del español* aparecen en 1926. Con esta obra se incorporan en España los métodos severos de los neogramáticos alemanes, métodos que eran bienvenidos por cuanto ponían fin a la arbitrariedad y al desorden que habían terminado por hacer de la lingüística una cosa confusa. Pero no solamente la obra significa esa incorporación metodológica. En ella logró Menéndez Pidal desterrar lo que en aquella metodología germana había de inaccesible y frío, y les imprimió esa visión más humana y compleja de los hechos lingüísticos que informa su concepción del lenguaje. Y es así cómo “los caracteres de cada dialecto peninsular durante los siglos ix al xii aparecen en esta obra magistral estrechamente relacionados con la personalidad histórica de la región correspondiente, y el análisis minucioso y documentado de cada fenómeno permite al autor asentar principios básicos sobre la lucha de tendencias innovadoras y tradicionales en las épocas primitivas, y en general, en toda la vida del lenguaje” (Lapesa, BAE, XXXIX, 23). Hay que hacerse cargo de cómo tuvo Menéndez Pidal que buscar y componer el material ingente de documentos sobre los que están los *Orígenes* montado. El terreno era abrupto, hostil. Nadie se había atrevido con él. No era ‘literatura atrayente’ un material que no había alcanzado el prestigio de lo literario. Pero Menéndez Pidal comprendió que esa era la gran cantera, y que entre esa tosquedad estaba ciertamente la gema brillante que buscaba su apasionada fiebre de verdad. Por eso se ha dicho con razón que los *Orígenes* “es la más gallarda muestra que puede ofrecerse de lo que puede dar de sí una inteligente explotación de un terreno enmarañado y pobre”. No se hace sin trabajo. No se hace sin pasión ciertamente. Pero ya uno y otra es-

taban testimoniados desde la tesis inicial que sobre el Conde Lucanor había presentado en 1893 para su doctorado. El libro significó una revelación metodológica, y algo más. El romance tosco que se mezcla, entre insolente y audaz, en el latín manejado por los notarios resulta tratado con habilidad maestra por el lingüista español. Vocales y consonantes de insípidos documentos notariales se ven sometidos a análisis que hoy harían la envidia de las máquinas electrónicas, pero que fueron entonces el regalo a una pasión alerta y un riguroso sentido del trabajo científico. Y ese amasijo de letras insolventes constituyó a la postre el apetecido hallazgo: Menéndez Pidal supo ver ahí la clave de cómo estaban distribuidos los distintos campos de las lenguas hispánicas, y cómo ilustraba todo ello sobre la demarcación de las áreas las palabras. Ilustres trabajos contemporáneos de Rohlfs. y de Baldinger, confirman tras cuarenta años de ciencia lo que la sagacidad de don Ramón supo intuir. Y sirvió ese libro insigne para mostrar también “cómo en la lucha por la vida o por la hegemonía, se descubre en la competencia de formas y de tendencias el fenómeno malogrado y triunfante, el dialecto que retrocede y el que avanza victorioso y arrolla a los demás” (BAE, XXIX, 17).

No se ve con claridad hoy día. Esto está ya incorporado en la tradición de los estudios lingüísticos. Quiero situarlo en su época para renovar la admiración por el maestro. Otras razones más postulan la importancia de la obra. Si en un momento resultó una tímida afirmación de un libro español, minoritaria, hoy es principio general reconocido que los cambios fonéticos generalizados no lo son por causas universales sino por circunstancias humanas. ¡Cuánta tinta ha corrido sobre el tema! ¡Qué tenacidad asturiana para irse contra la corriente! ¡Qué obstinado campeador este don Ramón! Porque anunciar eso en 1926 era advertir que toda la investigación se hacía a contramarcha de las corrientes en

boga. Contra Schleicher y su teoría de que el lenguaje estaba sometido a las leyes de la naturaleza física. Contra quienes postulaban la ley de los cambios regulares y uniformes. Y aun cuando es verdad que otra notable figura europea, Morel-Fatio, estaba en la contracorriente, la posición de Menéndez Pidal hería afirmaciones más generalmente aceptadas, como la de la universalidad de las leyes fonéticas.

*Orígenes* va a significar una nueva visión de la dialectología que enfervorizaba a los círculos europeos. Por primera vez adquiere importancia la época preliteraria. Y el propio Menéndez Pidal nos lo explica en esta página:

“El estudio de las largas épocas preliterarias nos eleva por cima del concepto dilucidado con ayuda de la dialectología moderna, y nos permite ver que cada palabra que parezca discordante, en fonética, de sus análogas, puede estar sometida a una tendencia general que la impulsa en unión con las otras. Todas son llevadas por la misma corriente, como multitud de hojas caídas en un río; cada hoja sigue su curso especial, tropieza acaso con obstáculos que la desvían, la retrasan o la detienen, pero todas están sometidas a la misma fuerza, ora las arrastre, ora solamente las empuje, y sería ceguedad empeñarse en observar el curso de cada una sin darse cuenta de la corriente que las domina a todas. La dialectología, mostrándonos una fotografía instantánea de un momento del lenguaje, puede hacernos pensar que cada palabra tiene su historia fonética y que no hay leyes generales que las rijan; pero la protohistoria lingüística, observando el curso de varios siglos, nos dice claramente que cada palabra es un mero episodio en la historia general de cada uno de los elementos fónicos que la integran. Cada sonido de una lengua es un elemento constructivo de que dispone el idioma, y como tal tiene una existencia

ideal propia; es algo independiente en cierto modo de las palabras de que forma parte" (*El idioma español*, 135).

Repárese que nuevos conceptos asoman en el campo de la concepción histórica de la lengua. La lengua de la literatura no alcanza a dar la imagen cabal de la lengua: "es incapaz de ilustrar ciertos aspectos de la vida del lenguaje", dirá Menéndez Pidal. Porque la literatura "nos presenta el idioma... cohibido por la tradición literaria, y el hecho lingüístico suele aparecer bajo una sola de sus facetas, la escogida por esa tradición" (*ibid.*, 120). A la historia de la lengua basada en la lengua literaria debe sucederla la historia fundada en los dialectos y en el estudio de los documentos iliterarios de épocas arcaicas. Menéndez Pidal ve que:

"el lenguaje de ese período preliterario se nos muestra bullente de vida indómita y tumultuosa, con una variabilidad multicolor, aun más grande que la de los dialectos populares modernos"

Sus estudios de *Orígenes* fueron, así, decisivos para la discusión sobre existencia de las leyes fonéticas. Lo advierte claramente don Ramón: "el estudio de la época de orígenes puede... esclarecer nuestras nociones de cronología lingüística". De él se desprende cómo los estudios de Gilliéron y de Weigand sirvieron para mostrar "que las leyes fonéticas regulares sólo existen en el papel". Lo que hay, según él, es una pluralidad de normas y una pugna tenaz y variada:

"En la desconcertante variedad de formas que ofrecen nuestros documentos no hemos de ver un revoltijo del azar, sino un sordo combate de tendencias;... no es la falta de una norma lin-

güística, como a primera vista parece, sino la convivencia de muchas normas que luchan entre sí con equiparadas fuerzas. El que habla sigue consciente o inconscientemente ora una, ora otra de esas normas en lucha; prefiere una u otra según el tono y la ocasión del discurso, según las influencias pasajeras que se entrecruzan en la mente, mientras se produce el acto lingüístico" (*Orígenes*, 111).

Por eso no son los *Orígenes* un nuevo intento de historia de la lengua, como se llegó a afirmar, ni constituyen un monumento legítimo a la erudición y la paciencia de su autor. Son una contribución importante en la historia de la lingüística europea, un paso audaz en la dialectología al servicio de la historia de la lengua. Frente a los estudios de Gauchat, que aspiraban a distinguir en un momento dado la presencia de tres generaciones en las que los cambios se iban dando, podemos leer en el libro de los *Orígenes* esta serena advertencia:

"Los observadores de la lengua viva de una localidad comprenden que un cambio fonético necesita para desarrollarse el concurso de varias generaciones; pero su observación, limitado a un momento, estudia esas generaciones convivientes entre sí: la vieja, la madura y la joven; y ese espacio de tiempo es insignificante para el desarrollo de un cambio; la dialectología, para dar sus resultados completos, necesitará observaciones reiteradas sobre una misma localidad, hechas con bastantes años de intervalos" (*Orígenes*, 112).

Y esto lo ha de confirmar ciertamente Hermann en 1929, como más tarde Puscaru en Rumanía, y como todavía lo confirman los trabajos de Krepinski sobre la cronología de las etapas prerománicas.

Todavía hay en *Orígenes* una nueva contribución a contrapelo de las corrientes. Me refiero al concepto de neologismo. No creer en la iniciativa individual (como no lo creyó totalmente Gilliéron) era desmerecer la génesis real del problema. Hoy lo dice von Wartburg con claridad inequívoca: la fantasía del hablante tiene fundamental responsabilidad. Pues bien, en esta nueva perspectiva se mueve otra de las teorías fundamentales de Menéndez Pidal: la del estado latente, teoría que si en verdad nace en su trabajo de los *Orígenes del español*, adquiere unidad floral en un sesudo artículo sobre el sustrato lingüístico que publica en 1950, y aparece luego sagazmente empleada en su estudio sobre el *Romancero Hispánico* de 1953, y luce todavía —enriquecida— en el estudio que en 1952 dedicó en homenaje a Huntington.

### *Estudios geográficos*

Cuando se publican los *Orígenes*, tiene ya seis años un artículo de Menéndez Pidal en la *Revista de Filología Española*. Se trata de un estudio sobre geografía folklórica. No estaba solamente destinado —como rezaba una tímida aclaración— a ilustrar los caminos seguidos en su peregrinada difusión secular por un romance. En verdad eran estos estudios la respuesta a una antigua inquietud de los filólogos que anhelaban ilustrar el modo como las creaciones individuales llegaban a penetrar en la comunidad hablante. La metáfora de que todo ocurría como con la moda había ganado a los espíritus, hasta que hombres como Saussure y von Wartburg llamaron la atención: en rigor hablar de 'la moda' no era aludir al 'proceso' de penetración en la masa hablante, sino a sus resultados, a una consecuencia. Ese fue el riesgo que quiso correr Menéndez Pidal con su trabajo. El método preconizado por él parecía ser, así, la respuesta:

todo se comportaría como en el terreno de la poesía tradicional, y así lo ha reconocido el ilustre Iorgu Iordan. No se destacará lo suficiente esta contribución, que aceptada rápidamente por Bártoli en Italia se convertirá para éste en su mejor antecedente de las teorías que, seis años después, lucirán en su libro sobre las áreas especiales.

¿Y qué tiene que ver con el problema de la creación lingüística, y a la postre con el de la evolución y el sustrato, este otro tan aparentemente desconectado de la poesía tradicional? Sobre el tema volvió, por otros caminos, en un medular estudio sobre la creación metafórica, Eugenio Coseriu. Ya en 1920 anunciaba sobre el tema Menéndez Pidal:

“Cuanto mayor sea la difusión de un romance, cuanto más abundante la muchedumbre de recitaciones contemporáneas, más se limitan y refrenan, más se neutralizan unas con otras las desviaciones que respecto del tipo normal se promueven en cada recitación” (anejo LX, 125).

¿Y en el lenguaje? ¿Qué responsabilidad cabe a la colectividad? ¿Cuáles son los límites o las imposibilidades de la creación individual? Es en un trabajo de 1944 donde leeremos la respuesta:

“La historia del lenguaje, en el que intervienen absolutamente todos los individuos que componen una nación, alcanza tal regularidad, que pareció estar regida por leyes independientes de la voluntad humana, pues en multitud de casos los resultados globales no dejan ver la iniciativa individual” (*La unidad del idioma*, 18).

Sin embargo, esto no justifica rechazar como punto de partida del cambio lingüístico la iniciativa individual, que fue sentencia predilecta de Meillet. Menéndez Pidal supo combatirla. Será difícil su estudio, exigirá ardua y tenaz

atención seguir el proceso entero que va de la creación individual hasta el triunfo colectivo de la innovación lingüística, y en eso radica el valor asignado por Menéndez Pidal, para estos efectos probantes, a la poesía tradicional:

“Una actividad social, también muy extensa, pero que, por desarrollarse entre menor número de individuos que el lenguaje, se deja observar mejor” (*ibid.* 19).

Claro es que nos movemos en el mundo de las ideas del idealismo vosleriano, que tanta influencia tuvo especialmente en los discípulos de don Ramón.

¿Cuál es el punto esencial que revelará el estudio de la poesía tradicional, y al que puede asignarse valor legítimo para precisar mejor fenómenos de lenguaje, y en especial éste de su evolución? Aquí radica la clave del problema: se trata de que es rasgo peculiar de la poesía tradicional, como lo es de la lengua, la colaboración sucesiva e incesante de individuos varios en la creación:

“Cualquier cambio en la actividad colectiva tradicional, lo mismo respecto al lenguaje, que a la canción popular, que a la costumbre jurídica . . . se funda en el hecho de que muchas generaciones consecutivas participan de una misma idea innovadora y la van realizan persistentemente, a pesar de pequeñas variantes en el modo de concebirla; constituyen una tradición nueva, en pugna con otra tradición más antigua. Donde menos podría esperarse esta continuidad, en la invención poética, que tan personalísima parece, hallamos comprobada la persistencia de una idea innovadora a través de siglos y generaciones que trabajan en conservar y desarrollar una variante referente al carácter de un personaje poético . . .

En el lenguaje resulta esta continuidad más exigente, por estar sus evoluciones menos sujetas a la pura iniciativa individual. Un cambio fonético no suele ser nunca obra exclusiva de las tres o cuatro generaciones en que de modo arbitrario se considera dividida la población conviviente, sino que es producto de una idea o de un gusto tradicional que persiste a través de muchas generaciones de hablantes. La duración del cambio fonético suele ser extraordinariamente larga, multiseccular, por lo mismo que la tradición que hay que vencer es la más fuerte de todas, como arraigada en la inmensa repetición cotidiana del acto colectivo del lenguaje” (*El idioma*, 137).

Y esta idea no era fruto de un *impromptus*. En un artículo de 1916 Menéndez Pidal anunciaba:

“Toda creación en los productos sociales o colectivos es obra de un individuo que en un momento de iniciativa se eleva sobre el nivel común de las gentes; pero la creación individual sólo llega a hacerse popular cuando es asimilada por el pueblo, cuando éste la repite reiteradas veces, y al repetirla no permanece pasivo, sino que amolda la creación primera al común sentir, y la rehace y la refunde vivificándola con nuevas iniciativas individuales, que son creadoras, a su vez, por dispersas e imperceptibles que sean” (*RFE*, III, 27).

O sea, lo personal queda restringido, asimilado, robustecido bajo la impronta de la norma social. Es decir, toda iniciativa individual no halla siempre eco en la memoria de las gentes. Sino que a veces ocurre que:

“Esa invención individual, más fuerte que las ordinarias, se va convirtiendo ella por sí en norma colectiva que rige una multitud, cada vez mayor,

de repeticiones, acompañadas de múltiples invenciones menores fuertemente subordinadas a ella y que la siguen como sujetas a su giro y órbita (*Geog. folkl.* IV).

Pues bien. Para don Ramón ya no cabe duda: esto que ocurre en el mundo de la poesía tradicional no ocurre de manera distinta en el del lenguaje. Y de 1944 es esta afirmación suya:

“Cada hablante moldea los materiales que en su memoria ha depositado la tradición; los transforma, ajustándolos al estímulo expresivo que le mueve a hablar; los vivifica, dándoles una existencia singular que nunca tuvieron antes ni volverán a tener después jamás; pero... el individuo crea su habla en continuo ajuste y contraste con la comprensión del oyente y con el uso general de los demás hablantes” (*Unidad del idioma*, 19).

\* \* \*

Lo envidiable de la teoría lingüística de Menéndez Pidal es su coherencia. Porque de algún modo esta explicación de cómo se originan los cambios lingüísticos, tema que fue seductora preocupación de la filología europea, está relacionado con el atrayente tema de la duración de los cambios. Es decir, para aludirlo con términos saussureanos, diacronía y sincronía. No hay manera de comprender los cambios lingüísticos si no nos hacemos cargo de la extraordinaria lentitud con que el cambio opera. Esta lucha de tendencias y rechazos, de aportaciones individuales y colectivas, no se hace de la noche a la mañana, sino que supone una reiterada y pausada contribución de muchas generaciones. Y esto significa aclarar un concepto saussuriano, de importancia no desdeñable. Podemos leer en la obra me-

dular de Saussure que “todas las palabras que presentan una misma particularidad fonética son afectadas por el cambio” (*Cours*, 232). Menéndez Pidal mostrará que “cada palabra tiene su propia historia fonética” (*Orígenes*, 530). Es decir, el cambio no es instantáneo. Se da en el tiempo.

Por supuesto; si de ‘cambio lingüístico’ se habla, tema conexo fue en la preocupación de Menéndez Pidal el de la unidad del español. Cómo no iba a preocuparlo tema tan moderno, que fue lujo de la meditación de Cuervo y pretexto famoso de la celebrada polémica con Valera. La historia es muy sabida para que la repitamos acá. América no significará la tumba del español. Pero débil argumento es recurrir para defender la tesis a la comparación con la desintegración latina. Las cosas en América van de otro modo. Lo vio hace años don Ramón, quien siente que:

“El español campesino adoptado por el indio discrepaba poco del de los capitanes hispanos, y desde entonces el castellano rural de América está bajo una acción dirigente del castellano escrito. El nuevo latín, romano, callado en la Edad Media durante siglos, empieza desde el XII a mostrarse y señorea al fin las provincias, venciendo al latín noble, que definitivamente queda refugiado en sus castillos. El castellano americano, por el contrario, ha pasado sin novedad su Edad Media, con su lengua campesina y literaria, sin señal alguna de que el habla rústica se haga la oficial y venza al castellano de los escritores americanos” (BAE, XXXIX, 19).

Desde este español de América, al que dedicó reflexiones medulares en el Homenaje a Martinet, saludamos su obra ejemplar como un modelo constante de superación. Y al pronunciar su nombre en esta ceremonia académica, que junta el suyo al varias veces centenario de Cervantes, sen-

timos que nos acompañan viejos tañedores de vihuela, gozosamente acompañados de juglares. Y están con nosotros, repetidos por bocas multigeneracionales, populares romances que unen los nombres de Moriana y Abenámbar, Fontefrida y Aben Zulema. Y están los Infantes de Lara. Y está el Campeador Ruy Díaz. Y todos repiten acá conmigo, y con los académicos peruanos de la Lengua, y con quienes saben saborear el jugoso fruto de nuestro español general:

¡Ay Dios, qué buen vasallo se ha perdido la infanta!

